

**El Norte en la diáspora de Elena Garro
(Crónica de una fuga: castigo y suplicio)
50 aniversario de la masacre en Tlatelolco (1968-2018)**

Patricia Rosas Lopátegui
University of New Mexico
USA

El Norte en el imaginario de Elena Garro significó la vida en contraposición a la muerte. Por un lado la diáspora hacia el Norte de México fue el fin de un calvario hacia el otro Norte, cruzar la frontera y pisar tierra estadounidense. La escritora había confrontado al sistema político mexicano dirigido por el Partido Revolucionario Institucional (PRI). Se refugió en Monterrey, Torreón, Chihuahua y otras ciudades antes de partir a Nueva York en junio de 1969, poco después del asesinato de Carlos Alberto Madrazo Becerra. Huía de la cacería de brujas desatada por el gobierno de Gustavo Díaz Ordaz a partir de la masacre del 2 de octubre de 1968 en Tlatelolco. Tres años más tarde traspasó la línea divisoria por el área de Monterrey hacia Estados Unidos, a finales de septiembre de 1972, rumbo a un doloroso exilio que se prolongó durante veinte años.

Los orígenes

Elena Delfina Garro Navarro nació el 11 de diciembre de 1916 en Puebla. Su infancia transcurrió primero en la Ciudad de México (1917-1923)¹ y después en Iguala, Guerrero (1923-1930). Su padre, José Antonio Garro Melendreras, inmigrante español originario de Infiesto, Asturias, y su madre, Esperanza Navarro Benítez, oriunda de

¹Esperanza Navarro asentó el natalicio de su hija Elena en el Registro del Estado Civil de Puebla el 7 de febrero de 1917 y poco tiempo después se mudó a la capital del país acompañada por su hija Deva y la recién nacida. Elena Garro no vivió en Puebla y llegó a la Ciudad de México de escasos meses.

Chihuahua, instigaron a sus hijos a desarrollar una vida iluminada por la filosofía, la literatura y la creación. Además de ser educada en la cultura occidental, recibió las enseñanzas de la cosmovisión prehispánica a través de los indígenas que vivieron con ella en su casa de Iguala. A los trece años sus padres la enviaron a la capital con la finalidad de que continuara con sus estudios y tuvo que abandonar el paraíso terrenal igualteco. Terminó la primaria en el colegio López Cotilla (1930), ingresó a la secundaria, en donde las paredes conventuales de las calles de El Carmen y San Pedro y San Pablo (hoy Belisario Domínguez y Eje Central) fueron testigos de su aprendizaje, acompañado de lecturas en la Biblioteca Iberoamericana (1931-1933).

Posteriormente fue alumna de la preparatoria en San Idelfonso (1934-1935) y en 1936 se afilió a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Sus proyectos comprendían la formación académica, la danza clásica, su desempeño como actriz y coreógrafa en el Teatro Universitario —dirigido por Julio Bracho— y su disposición para la escritura. Sin embargo, estos intereses se truncaron el 25 de mayo de 1937 al casarse con Octavio Paz. La pareja se había conocido en una fiesta familiar en 1935, cuando Paz estudiaba Leyes en la UNAM y Elena cursaba la preparatoria. Tres semanas después de haber contraído matrimonio, viajaron a España en plena Guerra Civil; Paz había sido invitado por la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios (LEAR), al II Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura. No se sabe con precisión si regresaron a México a finales de 1937 o principios de 1938. Desde entonces el poeta obstaculizó todas las aspiraciones artísticas e intelectuales de su cónyuge.

El 12 de diciembre de 1939 nació Helena Laura Paz Garro, la única heredera del matrimonio. La ex coreógrafa, limitada por su papel de madre y esposa, solamente pudo dedicarse a una actividad profesional, al periodismo; este trabajo no le causaba

competencia a su consorte. Escribió reportajes y entrevistas en donde criticó la desigualdad genérica y las injusticias sociales para la revista *Así* en 1941.

Sin otra alternativa, Elena Garro se dedicó a promover la carrera de su marido en los diferentes países donde residieron: Estados Unidos (principalmente en Nueva York), Francia (en París), Japón y Suiza, en el periodo de 1943-1953. Hacia octubre-noviembre de este año la familia Paz Garro regresó y se estableció en México.

En su país natal, la reportera comenzó a investigar la vida del general Felipe Ángeles en 1954 y dos años más tarde terminó la primera versión de su pieza en tres actos, titulada con el nombre del militar villista, aunque sin posibilidades de publicarla ni llevarla a la escena.

Por fin, el 19 de julio de 1957, a los veinte años de casada, el cuarto programa de Poesía en Voz Alta representó por primera vez tres de sus piezas en un acto: *Andarse por las ramas*, *Los pilares de doña Blanca* y *Un hogar sólido*. Enseguida la Universidad Veracruzana editó su libro *Un hogar sólido y otras piezas en un acto* (1958).

Primer destierro: hacia el Norte (1959)

Defensora de la justicia y la pluralidad, al mismo tiempo que se daba a conocer como dramaturga, a finales de 1956 se había involucrado en la defensa de los campesinos despojados de sus tierras. En enero de 1959 ganó en un juicio las propiedades comunales de Ahuatepec, Morelos, junto con el líder agrarista Enedino Montiel Barona. La ruptura entre Octavio y Elena tuvo lugar en este periodo (1956-1959). Destacan los motivos ideológicos (Paz en la vida oficial y Garro con los sublevados), así como las razones íntimas (ella se vincula con Archibaldo Burns y él con Bona Tibertelli de Pisis).

Después del triunfo en Ahuatepec, Adolfo López Mateos, entonces presidente de México, la obligó a salir del país en febrero de 1959 para aislarla de la política y de los movimientos sociales. Los poderosos la expulsaron del territorio nacional por su activismo, pero también por su supuesta conducta “inmoral”. En la sociedad machista la infidelidad se castiga solamente en la mujer. Su combate y su rebeldía en contra de la autocracia y de la sociedad falocéntrica provocaron su destierro. Garro anotó en su diario:

El ambiente en México era agresivamente malo para mí. Había llevado un pleito contra los tribunales para recuperar las tierras de Ahuatepec, para los campesinos. Y lo gané. Renato Leduc escribió que era la primera vez que los indios ganaban un pleito en toda la historia del país. (...) [Octavio] Estaba contento de que cumpliera con el deseo del Presidente [López Mateos]. “Su mujer es muy revoltosa, sería mejor que se fuera de México”, le dijo, después del famoso abrazo a Jaramillo. Y yo me iba, no sólo por “su deseo”, sino por el mío propio. No soportaba más las majaderías de los amigos de O. Paz, ni los rumores descabellados que corrían sobre mí. Tampoco soportaba la continua presencia de Archie [Burns], que se empeñaba en seguirme a todas partes aprovechando que Paz aplaudía su actitud. (Garro, E. “París, 8 de enero de 1989. Mis gatos, mi perrita”, en Rosas Lopátegui, P. *El asesinato...* 193, 195)

Su marido contribuyó a la intriga y al descrédito utilizando la conducta “indecorosa” de la esposa adúltera, y “revoltosa” por el triunfo en Ahuatepec. La activista comentó desde San Antonio, Texas, en una carta a Juan de la Cabada:

Recargado en la portezuela estaba Octavio. No supe para qué vino. Yo nunca me presento en sus idas y venidas. ¡Ah!, sí, vino para recoger la casa. La víspera, en la cafetería del Alffer, me había insistido en que fuera la querida oficial de Archi.

—¿Qué más quieres? —me preguntó.

—No lo puedo hacer por mí y por mi hija, por eso me voy.

—Absurdo, que trabaje la niña y viva sola —ordenó.

Ahora por cinco años de deshonor yo tenía tres mil pesos y Octavio me iba a llevar al autobús en su automóvil.

Subí a la casa, recogí mi abrigo, me despedí de las criadas y bajé acompañada de mi madre, mi hermana y mi hija. Octavio nos llevó a la terminal mugrosa de camiones. Allí estaba la mujer de mi hermano y algunos de sus hijos. Nos sentamos en un asiento duro y, de pronto, el camión se fue. Se salió de la ciudad reseca y acuchillada y cuchillera. (Garro, E. “Carta a Juan de la Cabada. San Antonio, Texas, 11 de febrero de 1959”, en Rosas Lopátegui, P. *Testimonios...* 236-237)

Se trasladó con su hija a Nueva York y después a Europa. Radicaron principalmente en París. Regresaron a México en junio de 1963.

México en los años 60

Elena Garro estaba muy lejos de doblegarse ante el poder y retomó su lucha social. Dos temas dominaron su vida en los 60: la defensa de los indígenas y la escritura. A su retorno apareció *Los recuerdos del porvenir* (1963), la novela que había escrito desde 1951 en París y 1953 en Berna, Suiza. Nadie como ella puso en tela de juicio la corrupción del sistema posrevolucionario y diseccionó los tejemanejes que provocaron la Guerra cristera. En esta época también asombró a sus coterráneos con *La semana de colores* (1964), colección a la que pertenece uno de sus relatos más emblemáticos: “La culpa es de los tlaxcaltecas”.

Pero los poderosos son imbatibles y hacia finales de la década quedó atrapada en la hecatombe de la masacre en Tlatelolco, perpetrada el 2 de octubre de 1968 durante el régimen de Gustavo Díaz Ordaz (1964-1970).

México, como los países del resto de América Latina, padeció durante la Guerra fría el espionaje del gobierno estadounidense para controlar y evitar el comunismo de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) implementado en Cuba. Por lo

tanto, los movimientos políticos y sociales que surgieron en el país durante la turbulenta época de los 60 padecieron el acoso y la represión. Las estrategias que utilizaron las oligarquías gubernamentales, económicas y culturales de las naciones latinoamericanas son, en gran medida, similares a aquellas que Michel Foucault desglosó y analizó en su libro *Surveiller et punir* (1975) sobre la historia de Francia y otros países europeos: castigar y encarcelar a los rebeldes, torturarlos para someterlos, convertir a los disidentes en cuerpos “dóciles, útiles y productivos” al servicio del Estado. Para el filósofo y teórico francés:

El momento histórico de la disciplina es el momento en que nace un arte del cuerpo humano, que no tiende únicamente al aumento de sus habilidades, ni tampoco a hacer más pesada su sujeción, sino a la formación de un vínculo que, en el mismo mecanismo, lo hace tanto más obediente cuanto más útil, y al revés. Fórmase entonces una política de las coerciones que constituyen un trabajo sobre el cuerpo, una manipulación calculada de sus elementos, de sus gestos, de sus comportamientos. El cuerpo humano entra en un mecanismo de poder que lo explora, lo desarticula y lo recompone. Una “anatomía política”, que es igualmente una “mecánica del poder”, está naciendo; define cómo se puede hacer presa en el cuerpo de los demás, no simplemente para que ellos hagan lo que se desea, sino para que operen como se quiere, con las técnicas, según la rapidez y la eficacia que se determina. La disciplina (142) fabrica así cuerpos sometidos y ejercitados, cuerpos “dóciles”. La disciplina aumenta las fuerzas del cuerpo (en términos económicos de utilidad) y disminuye esas mismas fuerzas (en términos políticos de obediencia). En una palabra: disocia el poder del cuerpo; de una parte, hace de este poder una “aptitud”, una “capacidad” que trata de aumentar, y cambia por otra parte la energía, la potencia que de ello podría resultar, y la convierte en una relación de sujeción estricta. Si la explotación económica separa la fuerza y el producto del trabajo, digamos que la coerción disciplinaria establece en el cuerpo el vínculo de coacción entre una aptitud aumentada y una dominación acrecentada.

La “invención” de esta nueva anatomía política no se debe entender como un repentino descubrimiento, sino como una multiplicidad de procesos con frecuencia menores, de origen diferente, de localización diseminada, que coinciden, se repiten, o se imitan, se apoyan unos sobre

otros, se distinguen según su dominio de aplicación, entran en convergencia y dibujan poco a poco el diseño de un método general. Se los encuentra actuando en los colegios, desde hora temprana más tarde en las escuelas elementales; han invadido lentamente el espacio hospitalario, y en unas décadas han reestructurado la organización militar. Han circulado a veces muy de prisa y de un punto a otro (entre el ejército y las escuelas técnicas o los colegios y liceos), otras veces lentamente y de manera más discreta (militarización insidiosa de los grandes talleres). Siempre, o casi siempre, se han impuesto para responder a exigencias de coyuntura. (Foucault, M. *Vigilar y castigar...* 126-127)

A diferencia de las dictaduras impuestas en Centroamérica y en el Cono Sur por la Casa Blanca, ante la opinión internacional se difundió la propaganda de que México era un país liberal y tolerante, cuando en realidad de igual manera había represiones policiacas en contra de los movimientos sociales y estaba regido por una dictadura, en este caso de partido, disfrazada de democracia. Así, también se implementó “una ‘anatomía política’, que es igualmente una ‘mecánica del poder’”, en donde a fuerza de la “disciplina” o de la represión se “fabrican cuerpos sometidos y ejercitados, cuerpos ‘dóciles’”, que si no desisten de su rebeldía, se eliminan. Esto sucedió con Carlos Alberto Madrazo Becerra y Elena Garro.

Recontemos los hechos. Cuando Carlos A. Madrazo fue designado presidente del PRI en noviembre de 1964, Garro se reencontró con su antiguo colega universitario. Desde su puesto, el político tabasqueño se propuso desarticular al sistema totalitario mexicano y Garro se convirtió en una de sus voceras. Publicó artículos y reportajes que desglosaban la corrupción y las represalias de los caciques y funcionarios en contra de los campesinos y difundió la ideología del estadista. Madrazo sólo pudo aplicar sus reformas durante un año. Los autócratas encontraron los medios para desacreditarlo y expulsarlo de sus filas partidistas.

Las huelgas, las protestas por la falta de libertad de expresión y de oportunidades económicas siguieron en ascenso y provocaron el surgimiento del movimiento

estudiantil. Al mismo tiempo que el gobierno enfrentaba las demandas de los estudiantes y de la población en general a mediados de 1968, los seguidores de Madrazo le exigieron la formación de un nuevo partido: Patria Nueva, organismo que de inmediato amenazó la estabilidad de “la familia posrevolucionaria”. La intolerancia del Estado no se hizo esperar y eliminó a ambos movimientos el 2 de octubre en La Plaza de las Tres Culturas.

Unos días antes, el 28 de septiembre, Garro había recibido una amenaza de muerte vía telefónica y abandonó su casa en Alencastre 220, ubicada en Lomas de Virreyes, acompañada por su hija Helena. Aterrorizadas, al día siguiente se refugiaron en el domicilio de María Collado.² En ese espacio escucharon las sirenas de las ambulancias y los ecos de la matanza en Tlatelolco. Todavía la escritora no se imaginaba el alud que se cerniría sobre ella. Las fuerzas represivas no sólo orquestaron el fin del movimiento estudiantil en Tlatelolco, sino que tres días después atacaron a Madrazo, que se perfilaba como candidato presidencial con Patria Nueva, y a la inoportuna autora de *Felipe Ángeles* (1967).

El 6 de octubre los principales periódicos del país difundieron las acusaciones de Sócrates Amado Campos Lemus orquestadas por el Estado en contra de Madrazo y de Garro, el líder estudiantil los acusaba de encabezar un complot comunista para derrocar al gobierno. *El Universal* difundió así la noticia:

Carlos A. Madrazo, ex presidente del PRI; Humberto Romero Pérez, ex secretario particular del presidente López Mateos; la escritora Elena Garro; el ex gobernador de Baja California, Braulio Maldonado; Ángel Veraza, secretario particular de Madrazo, y otras personas, fueron señalados anoche como los principales instigadores de los sucesos

²María Consuelo García Collado fue una nana española de la infancia de Elena Garro. La autora se refirió a ella siempre como “María Collado”, omitiendo el segundo nombre y el primer apellido. Años después contrajo nupcias con su tío Bonifacio Garro, quien había enviudado, su esposa Hebe Velasco (Eva en *Un hogar sólido*) falleció muy joven.

estudiantiles que han dejado una estela de sangre y de horror en la capital.

Sócrates Amado Campos Lemus, uno de los dirigentes principales del Consejo Nacional de Huelga, denunció lo anterior y ante los representantes de los diarios formuló un llamado a la juventud estudiosa del país para que no permita que en el seno de sus luchas estudiantiles participen personas ajenas a las mismas. Dijo que ahora más que nunca es necesaria la unidad del estudiantado para acrecentar el progreso de México y elevar el nivel de vida de los mexicanos. (Iturbe González, R. “La conjura, al descubierto”, primera plana)

Por su parte *La Prensa* encabezó la información de esta manera:

Derrocar al gobierno e implantar un régimen comunista era la meta de la conjura del falso movimiento estudiantil en el que hubo ayuda económica de conocidos políticos y la promesa de apoyo de otros, según reveló ayer Sócrates Amado Campos Lemus, estudiante del quinto año de la Escuela Superior de Economía del IPN, durante el interrogatorio que contestó a funcionarios de la Procuraduría General de la República. Campos Lemus dijo que esos políticos son: el licenciado Humberto Romero Pérez, el licenciado Carlos A. Madrazo, Braulio Maldonado, Ángel Veraza, y otras personas que, aseguró, pronto saldrán a la luz pública. (Moraflores, A. y R. Calvillo. “Prueba de complot”, 3)

Y Elena Garro la registró con estas palabras en uno de sus diarios:

Domingo 6 oct. 68.- A las ocho de la mañana María [Collado] entra al cuartucho y me tira sobre la cama todos los periódicos. Me veo retratada junto a C.M.[Carlos Madrazo], Braulio, Romero, Sócrates y Urquidi. Sólo conozco a Carlos. El Procurador Julio Sánchez Vargas acusa: “Los hilos de la conjura descubiertos en media hora”. Pienso que se trata de un error, aunque las noticias son terribles. Helena llora. (Garro, E. “Memorandum”)

Ese mismo 6 de octubre, la escritora dio una conferencia de prensa ante los principales rotativos para desmentir las declaraciones de Campos Lemus en su contra.

Excelsior asentó:

Ante los fotógrafos y reporteros de varios periódicos anoche la escritora Elena Garro —señalada por el joven Sócrates Campos Lemus como una de las instigadoras del conflicto estudiantil— llamó repetidas veces a la Dirección Federal de Seguridad para “ser detenida y fusilada” si se prueba que ella ha formado parte del grupo intelectual “que intenta derrocar al gobierno”.

Pidió un careo con Sócrates Campos, a quien calificó de ser el “mascarón de proa de un problema político interno del PRI y del gobierno actual con miras a la próxima sucesión presidencial”. (Ravelo, C. y J.M. Lozano. “Niegan cargos...”, 18-A)

El encabezado de *El Universal* fue el más tendencioso: “Culpa Elena Garro a 500 intelectuales”. De acuerdo con el reportero, la dramaturga declaró:

No son los estudiantes los verdaderos responsables de la agitación contra el gobierno del presidente Díaz Ordaz, sino un grupo de más de 500 intelectuales mexicanos y extranjeros, la mayoría de ellos escudados en altos empleos en la Universidad Nacional Autónoma de México y del Politécnico.

Esos intelectuales, entre los que figuran Luis Villoro, José Luis Ceceña, Jesús Silva Herzog, Ricardo Guerra, Rosario Castellanos, Roberto Páramo, Víctor Flores Olea, Francisco López Cámara, Leopoldo Zea, director de la Facultad de Filosofía y Letras; José Escudero, Eduardo Lizalde, Jaime Shelley, Sergio Mondragón, José Luis Cuevas, Leonora Carrington, Carlos Monsiváis, así como asilados sudamericanos y de otros países, incluso *hippies* de Estados Unidos y muchos más, son los que han llevado a los estudiantes a promover la agitación y el derramamiento de sangre, y ahora esconden la cara. Son unos cobardes, unos cobardes. (Rivero, Ó. del. “Refutan cargos...”, 10)

Las fuerzas represivas utilizaron esta nota para eliminarla de la vida política y cultural. Ha sido la publicación con “sus” declaraciones más citada y explotada. El lunes 7, a raíz de la explosión que causaron sus enunciados, se intensificaron la persecución, el descrédito y el éxodo para la escritora. Ya no habría vuelta atrás.

Fernando Gutiérrez Barrios, el director de la Dirección Federal de Seguridad,³ a quien llamaba “D’Artagnan” (véase Rosas Lopátegui, P. *El asesinato...*, 614-623) la secuestró, junto con su hija, en el Hotel Casa Blanca (ubicado detrás de las oficinas de la DFS). Las dos Elenas estuvieron detenidas del 7 de octubre al 30 de noviembre de 1968, pero después de su “liberación” siguieron bajo la coacción de Gutiérrez Barrios y sus agentes.

Si bien las acusaciones de Sócrates Campos Lemus fueron orquestadas desde el poder con la finalidad de eliminar del terreno político a Madrazo, la respuesta de Elena Garro en su defensa también padeció la manipulación de los medios al servicio del erario. Al desafiar a la dictadura del PRI mediante la creación de un nuevo partido político, el estadista se convertía en un peligroso enemigo para Luis Echeverría Álvarez en la lucha por la silla presidencial en las elecciones de 1970, y el activismo de la escritora formaba parte de ese movimiento.

En el contexto de la represión policiaca de los años 60, los medios de comunicación, prensa, radio y televisión padecían de una severa censura y estaban amordazados por las cúpulas gubernamentales. De ahí que resulte imposible determinar qué fue realmente lo que declaró Elena Garro, pues todas las notas pasaban primero por los funcionarios al servicio del Estado para tergiversarlas, cambiarlas y manipularlas antes de que se difundieran en los rotativos, o bien, los directores y empresarios ponían

³La Dirección Federal de Seguridad (DFS) fue una agencia de inteligencia del gobierno mexicano dependiente de la Secretaría de Gobernación. Se fundó en 1947 durante el sexenio del presidente Miguel Alemán Valdés. Como toda policía secreta, su función consistía en recabar información de actividades subversivas o terroristas en el territorio nacional. A lo largo de su historia fue acusada de ser un instrumento del gobierno para espiar a políticos de oposición y de llevar a cabo prácticas violatorias de los derechos humanos. En 1985 desapareció dando origen a la Dirección General de Investigación y Seguridad Nacional, que en 1989 se convertiría en el Centro de Investigación y Seguridad Nacional (CISEN).

a disposición del presidente y su gabinete las páginas de sus diarios para servir a los intereses del régimen y recibir a cambio prebendas de los poderosos.

Además, no hay que perder de vista que el movimiento estudiantil no era clandestino. Todos los participantes firmaban manifiestos, organizaban eventos de protesta en el Zócalo, etcétera. Es decir, la DFS —la policía secreta del régimen— los tenía perfectamente fichados. No necesitaba que la periodista los “denunciara”. Pero al atribuirle a Garro la “delación” de los intelectuales, el Estado agudizaba su enemistad con éstos, la eliminaba de la arena política y aniquilaba su activismo social en defensa de los campesinos. Es preciso resaltar que con su pluma escalpelo había desenmascarado a los intelectuales coludidos con el poder y les criticaba su falta de compromiso y los denominaba “izquierdistas de café”.

¿Por qué Elena Garro no pudo publicar nada en ningún rotativo después de la rueda de prensa del 6 de octubre? El Estado ya la había decapitado con la supuesta “delación” a los intelectuales, y evidentemente no le convenía que la escritora hiciera declaraciones que pudieran resultar incómodas para el poder. No hay que olvidar la frase que lanzó en dicha rueda de prensa y que solamente publicó *Excélsior*, en donde revela la conspiración de Luis Echeverría en su escalada por la silla presidencial: “Pidió un careo con Sócrates Campos, a quien calificó de ser el ‘mascarón de proa de un problema político interno del PRI y del gobierno actual con miras a la próxima sucesión presidencial””.

Ni Madrazo ni Garro fueron conspiradores para derrocar a Díaz Ordaz; todo lo contrario, el gobierno fue el que orquestó un complot en contra de Madrazo y de la autora para eliminar la posibilidad de un México más equitativo y justo.

Sin lugar a dudas, las declaraciones de la activista condensan su lucha, su ideología, sus discrepancias y sus paradojas, pero sobre todo el valor para defender su contienda. Su testimonio parece ser la respuesta natural dentro de un sistema

contradictorio y totalitario como el mexicano, en donde el Presidente practicaba el doble discurso, la doble moral, ya que proponía el diálogo, una mano amiga, la democracia, la libertad de expresión, al mismo tiempo que organizaba una conjura y la represión brutal para acallar a las voces juveniles, las injusticias sociales y, sobre todo, suprimir la corriente madracista que iba adquiriendo popularidad en 1968. El discurso de la también periodista simboliza la confusión que se apoderó del país. Traición, terror, incoherencias y desquiciamiento conformaron el ámbito nacional después de la masacre y la cacería de brujas desatada por el jefe del Poder Ejecutivo y los miembros de su gabinete.

A partir de la masacre en Tlatelolco la escritora fue silenciada y quedó marcada por la persecución, las mudanzas y la leyenda negra. El Estado la asesinó —desde el punto de vista metafórico— por haberse atrevido a ventilar la corrupción del sistema político mexicano, defender a los campesinos despojados de sus tierras y por su alianza con Madrazo en su movimiento democrático.

Segunda fuga: el Norte (1969)

El 4 de junio de 1969 la cúpula en el poder exterminó a Carlos A. Madrazo en un sospechoso accidente aéreo, mejor dicho en un crimen de Estado. Una bomba hizo explotar el avión de la Compañía Mexicana de Aviación, vuelo 704, en el que viajaban el tabasqueño y su esposa Graciela Pintado. A las ocho de la mañana la aeronave se estrelló contra el Pico del Fraile, en los alrededores de Monterrey, y perecieron los 79 pasajeros.

El castigo para Madrazo por haber enfrentado la dictadura del PRI consistió primero en llevarlo a la prisión acusado de un presunto fraude con tarjetas de trabajadores migrantes en un ajuste de cuentas en 1945, entre otros acosos y ataques políticos. Al no someterse a la autocracia priista, su martirio concluyó con el último

recurso para eliminarlo: la muerte, pero una muerte alejada ya de la tortura o del suplicio analizados por Foucault. La bomba que hizo explotar la aeronave en la que viajaba desmembró su cuerpo. De esta manera los opresores expresaban su poder absoluto. Uno de los testigos que recibió sus restos comentó: “(...) cuando se estrella un avión, quedan los cuerpos, rotos o mutilados pero quedan y (...) sólo habían recibido un montón de piltrafas de piel, carne y huesos fragmentados”. (Rosas Lopátegui, P. *Testimonios...* 406)

A Elena Garro los tiranos no la asesinaron de un balazo o con una bomba, ya la habían fulminado desde el 7 de octubre de 1968 al presentarla ante la opinión pública como una “soplona”, “traidora”, “vendida” y “espía del régimen”. Mientras se le denigraba en la prensa, sin que ella pudiera defenderse ante la cerrazón de los medios al servicio del erario —los rotativos no volvieron a publicar ninguna de sus aclaraciones por órdenes de los poderosos—, la escritora fue presa del miedo. Como expresó Foucault: “El castigo ha dejado de estar centrado en el suplicio como técnica de sufrimiento; ha tomado como objeto principal la pérdida de un bien o de un derecho”. (Foucault, M., *op. cit.*, 17) A partir de entonces las fuerzas represoras la convirtieron en una “No Persona”, en un ser despojado de sus derechos humanos:

Hace varios años que formo parte de un ejército que se reproduce por generación espontánea bajo cualquier régimen político. Cuando ingresas, los periodistas escriben: “Le han cortado el teléfono”. Este “corte” es aplaudido en los países democráticos y condenado por ellos si se produce en los otros países. El “corte” indica que has dejado de ser por “órdenes superiores”, y que has alcanzado la nueva categoría de No Persona. Tratar de volver a ser Persona es tarea casi imposible. (...)

Las No Personas carecen de honor, de talento, de fiabilidad, de sentimientos y de necesidades físicas. A la No Persona se le insulta, se le despoja de manuscritos, que más tarde se publican deformados en otros países y firmados por alguna Persona. Una No Persona debe aceptar que firmen y cobren las Personas por las obras que escribió la No Persona. A la No Persona se le despoja de familia, animales caseros, amigos y, sobre todo, se le niega Trabajo. Si se queja, se le considera una Perseguidora

Peligrosa en el mundo democrático. (Garro, E. “Carta. Madrid, 29 de marzo de 1980”, en Carballo, E. *Protagonistas...* 493-494)

De diciembre de 1968 a principios de 1970 Garro y su hija vivieron a salto de mata: de nuevo en la casa de María [García] Collado (en donde se habían refugiado unos días antes y durante la masacre en Taltelolco) del 2 de diciembre de 1968 al 22 de enero del año siguiente; en un convento y en hoteles con nombres falsos, entre otros sitios. Sin embargo, el pánico se apoderó de ellas a raíz del asesinato de Madrazo. En uno de sus diarios recordó, con dolor y angustia, la muerte de su amigo y correligionario como un crimen político embozado de accidente aéreo; describe el clima policiaco y persecutorio que prevalecía en el país:

Viernes, 4 de junio de 1976

Hace siete años asesinaron a Madrazo. Estaba en las Suites del Parque. H[elena, su hija] andaba con Willy y Jesús. Me llamaron: H. estaba en estado de *shock*. Fui corriendo al hotel donde se habían escondido, uno que está en Insurgentes y el cruce de la calle de la Gayosso. Casi frente al monumento a la Madre. ¡Curioso! Allí fue la última vez que desayuné con él. Lo recuerdo con Alejandra Garrido comiendo las tostadas. Yo iba con H. y Paco. Discutimos el mayo de París. Ahora al llegar, encontré a H. sentada en un escalón de la entrada. Willy y Jesús aterrados. Estuvimos allí largo rato, sin saber qué hacer ante la magnitud de la catástrofe. Ahora sólo quedábamos por matar H. y yo. Los niños lo comprendieron. Nos llevaron a casa de Carmela. Primero nos escondieron en un llano, para pedirle permiso. Dijo que sí. Jesús se fue a su casa y Willy nos llevó con Carmela. En aquel antro oscuro, con posters del *Che*, *Los Doors* y otros demonios había un ambiente escalofriante. Me senté frente a una mesa desnuda, sarnosa, con una botella y una vela. En el cuartucho de junto estaba Carmela drogada. Se levantó como un demonio. Estaba desnuda, con los pelos erizados. Dio de alaridos. Se puso un jorongo y salió con los ojos desorbitados. Se me enfrentó: “Ésta es su casa, señora. Quédese en su casa” y repentinamente sacó un cuchillo enorme de debajo del jorongo y se me vino encima para clavármelo en el estómago. Yo seguí sentada, inmóvil. Ya era igual que me acuchillara. La miré a los ojos y no dije nada. El demonio me tiró una cuchillada, que detuvo a la altura de mis ojos a dos centímetros. Dio

media vuelta y salió dando un portazo. Willy estaba temblando. “Me voy”, le dije. Él insistió en que nos quedáramos. No. Era mejor irse rápidamente, antes de que la mujer fuera a buscar asesinos. Salimos H., Willy y yo corriendo y tropezando por los llanos oscuros. Los cruzamos aturridos, sin saber adónde ir. Fue una larga caminata en el silencio de la noche. Llegamos a una calzada de barrio bajo y nos subimos a un taxi. Nos fuimos al Hotel Francis, di nombre falso, el que usaba en ese hotel. Allí pasamos la noche. Después con Willy fuimos varios días al aeropuerto a reclamar los restos de Carlos Madrazo. En los periódicos sólo apareció la foto de su mano cercenada. Cenamos con Willy en Los Guajolotes. Allí celebrando estaba Alfonso Solórzano con su mujer Alaíde Foppa y otras “celebridades”. Alfonso se me acercó sonriente: “Muy interesante este asunto de Madrazo”, dijo. Su hijo, un melnudo hirsuto y feroz me miraba con odio. No había perdonado que no lo recibiera para darle datos sobre Jaramillo, la noche en que Del Ángel estaba discutiendo con el director de la Federal su entrega al gobierno en el salón de mi casa. Después este mismo hirsuto guatemalteco que nunca conoció a Jaramillo, escribió sus memorias. Esa noche en Los Guajolotes me miraba con una fijeza peligrosa. Yo fui a llamar a Gutiérrez Barrios. El teléfono estaba muy cerca de la mesa del barbón y sus elegantes y millonarios padres. “Espero que hagan todo con prudencia, que no traten de organizar un entierro multitudinario”, me dijo Gutiérrez. A Willy le dieron miedo los comensales. Salimos. Por la tarde yo me había entrevistado con César Tosca en un cafetín de la avenida Álvaro Obregón, a la vuelta de la calle de Tabasco, donde estaba la escuela que dirigía Carlos. César había llorado con sollozos y yo también: “Reina, lo mató el escafandro”. “Es la *maffia*, *la maffia*”, decía aterrado. Al oscurecer llamé a Pedro Sáenz desde el convento: “Cálmate, no digas nada. Nada”, me ordenó el ex secretario del *Che* Guevara. Y me dio cita al día siguiente en Sanborns de Madero. Allí me explicó cómo se había hecho el sabotaje, por eso no permitieron el aterrizaje, él sabía todo. Es un experto en computadoras. Madrazo no entró a la ciudad hasta pasado el 7 de junio, día de su cumpleaños y fecha en que Madero hizo su entrada triunfal a la ciudad. Fue el domingo, día de gran calor, cuando volvimos al aeropuerto, adonde íbamos todos los días, cuando dieron sus restos. Pero los entregaron en otro campo aéreo. Uno privado. Allí estaban todos los parientes de los 76 asesinados. Bajaban cajas y cajas, todas revueltas. A Madrazo y a su mujer Graciela Pintado ya los habían llevado a la Gayosso de la calle Félix Cuevas. H. y yo fuimos allí. Casi

no había nadie. Arciniegas, su ayudante, lloraba. “Si viera esto el Licenciado, se volvería a morir”, me dijo. Poco a poco llegaron los fieles: Pedro Gallardo, Pancho, la Colorada. “¿Qué pasó? ¿Qué pasó con esos intelectuales? ¿Con ese cabrón de Carlos Fuentes que usted me presentó en el banquete que le dimos al Lic. Rojo Gómez? ¿Ve? ¿Ve cómo esos cabrones sólo sirven para mamar? ¿Dónde andan ahora? ¿De cuál ubre se agarran?”, me dijo Pedro. Era verdad. Yo había inventado aquel banquete en 1965 en la Unión de Escritores en la calle de Filomeno Mata 7. Yo había inventado unir a los intelectuales con los campesinos y ahora ¿qué?

Subimos a la capilla donde estaban los restos de Carlos. Allí me miraban los ojos cínicos del Procurador General de la República: Julio Sánchez Vargas, el que nos había acusado a Carlos y a mí de ser los autores del movimiento para derrocar al gobierno. Allí estaban también los hijos de Carlos: Sergio y Carlitos. Me alejé. Luego vi a la señora López Mateos acompañada de Carmen Toscano. Estas personalidades estuvieron unos minutos y se fueron. Hacia las doce de la noche, ya no quedaba casi nadie. Decidimos irnos. Salimos. Tomamos un taxi. Antes vimos a Paco y a Ángel, que desde la acera de enfrente miraban a la agencia funeraria. Los saludamos y nos fuimos. El taxi tomó Insurgentes. Un coche negro, sin placas, nos siguió. El chofer se dio cuenta. A la altura del hotel, que construía Siqueiros, le dije al taxista: “Dé vuelta aquí”. Dio la vuelta y el coche negro dio la vuelta. “¡Deténgase aquí!”, ordené. Se detuvo. El coche negro nos pasó y se detuvo a cuatro metros. “Bájate”, ordené a H. Ésta se bajó. Del coche negro se bajaron cuatro tipos empistolados, con sombrero y avanzaron por mitad de la calzada. “Súbete”, ordené a H. Ésta se subió al taxi. Yo me subí. “Arranque”, le dije al taxista. Éste arrancó a gran velocidad. Pasamos frente a los matones, que nos miraron asombrados. Toda la maniobra duró un minuto eterno. Salimos disparados hacia la funeraria. Los del coche negro nos siguieron. “¿Quiénes son ustedes? ¿Por qué las quieren matar?”, preguntaba el viejecito taxista. “Soy E.G.”, le dije. Y corrió más de prisa. Iba temblando. H. iba temblando. Nos dejó en la acera de la funeraria y se fue. Nosotras corrimos hacia dentro. Los matones quedaron fuera. Ya no había casi nadie. Sólo Miguel Castro Bustos, el eterno estudiante. Le contamos lo que nos sucedía y le dio miedo acompañarnos. No vimos a Pedro ni a Pancho. El director de la funeraria nos llevó a su despacho: “Fue una bomba; se encontraron sólo hilachos de piel y fragmentos de huesos en un radio de más de dos kilómetros en el Pico del Fraile”, nos

contó. Después nos explicó que cuando se estrella un avión, quedan los cuerpos, rotos o mutilados pero quedan y ellos sólo habían recibido un montón de piltrafas de piel, carne y huesos fragmentados. Nos enseñó a los matones que esperaban fuera. Cuando amaneciera, entrarían para sacarnos. Las puertas eran de vidrio. Y decidí escondernos en el refrigerador de los cadáveres. Bajamos con él a una cámara helada, en donde había adosadas a las paredes capas metálicas y en el centro dos mesas de hospital repletas de algo y cubiertas con sábanas. Nos bajó dos sillas y cerró con llave. Nos quedamos allí tiritando de frío, en aquella cámara siniestra y helada. Me levanté. Tiré un poco de una sábana para ver. ¡Eran piltrafas de carne! El olor era nauseabundo. Allí estuvimos hasta las diez de la mañana. Se abrió la puerta y el señor nos dijo: “Váyanse ahora, están llegando las gentes del cortejo”. Nos sacó por una puerta trasera y salimos a la calle. Un sol cegador nos recibió. Corrimos a Insurgentes. Cogimos un taxi y le dimos una dirección por el Parque España. Bajamos. Entramos a un edificio. Subimos. Buscamos a alguien inexistente. Salimos. Tomamos otro taxi. Dimos otra dirección, etcétera. Y al final nos fuimos al Hotel María Cristina. Allí nos inscribimos con nombre falso. (Rosas Lopátegui, P. *Testimonios...* 404-406)

“‘Espero que hagan todo con prudencia, que no traten de organizar un entierro multitudinario’, me dijo Gutiérrez”. El jefe de la policía secreta le ordena sutilmente a Garro “someterse” para no sufrir las consecuencias; con perspicacia la amenaza con la misma muerte si no se doblega. Por lo tanto, se trata de un verdadero conjunto de procedimientos “para dividir en zonas, controlar, medir, encauzar a los individuos y hacerlos a la vez cuerpos ‘dóciles y útiles’”. (Foucault, M., *op. cit.*, contraportada)

Las dos Elenas, temerosas de ser eliminadas, huyeron al norte ese mismo mes de junio de 1969:

Teníamos que irnos al Norte. (...) nos fuimos a Monterrey. (...). Calor terrible. No teníamos dinero. Sólo un cheque de [Octavio] Paz de dos meses. Nos instalamos en el Ramada Inn. Piscina, buena comida, (...). Llamamos a D’Artagnan. Fue inútil. Gracias a Dante Decanini nos cambiaron el cheque. Pagamos en el hotel. Me reconoció el director. Me dijo que él era también madracista. Me contó que en Saltillo había habido motines terribles. Ante la amenaza de D’Artagnan decidimos

irnos a La Laguna. (...) Llegamos a Torreón por la tarde. Nos instalamos en el hotel Isabel. Buscamos a Pedro Gallardo y a la Colorada. Ellos nos llevaron a Lerdo, Durango, donde vive Alicia, la viuda de un general, muy simpática. (Garro, E. “Memorandum”)

En esta segunda fuga hacia el Norte estuvieron varias semanas en Monterrey, La Laguna, Torreón, cruzaron la frontera por Chihuahua, llegaron a El Paso, Albuquerque, Chicago hasta Nueva York, pero debido a la falta de dinero emprendieron el regreso a la capital mexicana poco antes de la Nochebuena de 1969.

Los intelectuales y el poder: cuerpos “dóciles”

Y, ¿qué sucedió con los intelectuales a quienes Garro atacaba de ser “izquierdistas de café” cuando Luis Echeverría llegó al Poder Ejecutivo (1970-1976)? La mayoría se adhirió al erario, a sabiendas de que Echeverría había desempeñado — como secretario de Gobernación— un papel crucial en la masacre del 2 de octubre,⁴ y

⁴Julio Scherer ha señalado la complicidad de Echeverría y la de Gutiérrez Barrios en la matanza de Tlatelolco, porque la represión se ejerció desde el órgano coercitivo del Estado, es decir, la DFS, institución que dependía de la Secretaría de Gobernación al mando de Echeverría: “Protegido por la declaración de Díaz Ordaz como el único responsable de la tragedia de Tlatelolco, Echeverría ha pretendido desligarse de la matanza. El estallido del 68 fue espantoso, pero no súbito. Una larga serie de sucesos lo precedieron. La historia tiene sentido y una lógica estricta debido a su dinamismo, la incesante relación causa-efecto. Resulta difícil, para decir lo menos, sostener que Echeverría fue ajeno al doloroso proceso, como si se tratara de un actor fuera de la escena. Subordinado del secretario de Gobernación, el capitán Fernando Gutiérrez Barrios, director de la Federal de Seguridad, seguía atento los sucesos que culminarían con la matanza del 2 de octubre. Disciplinado, fiel a su tarea, rendía informes continuos a la superioridad, aun después de la tragedia. Las partes del primer policía de la República no debían serle ajenas a su jefe. Informado cotidianamente, Luis Echeverría vivía la tensión propia de su obligación eminente: la conservación del orden y a prueba

que continuaba —ahora como Presidente de la República— con la guerra sucia bajo la máscara del doble lenguaje.

Michel Foucault describió el proceso punitivo moderno en torno al cuerpo y cómo este sistema ha funcionado para que los irreverentes no alteren el *statuo quo*:

Podemos, indudablemente, sentar la tesis general de que en nuestras sociedades, hay que situar los sistemas punitivos en cierta “economía política” del cuerpo: incluso si no apelan a castigos violentos o sangrientos, incluso cuando utilizan los métodos “suaves” que encierran o corrigen, siempre es del cuerpo del que se trata —del cuerpo y de sus fuerzas, de su utilidad y de su docilidad, de su distribución y de su sumisión. Es legítimo, sin duda alguna, hacer una historia de los castigos que tenga por fondo las ideas morales o las estructuras jurídicas. Pero ¿es posible hacerla sobre el fondo de una historia de los cuerpos, desde el momento en que pretenden no tener ya como objetivo sino el alma secreta de los delincuentes?

Por lo que a la historia del cuerpo se refiere, los historiadores la han comenzado desde hace largo tiempo. Han estudiado el cuerpo en el campo de una demografía o de una patología históricas; lo han considerado como asiento de necesidades y de apetitos, como lugar de procesos fisiológicos y de metabolismos, como blanco de ataques microbianos o virales; han demostrado hasta qué punto estaban implicados los procesos históricos en lo que podía pasar por el zócalo puramente biológico de la existencia, y qué lugar se debía conceder a la historia de las sociedades y de los “acontecimientos” biológicos como la circulación de los bacilos, o la prolongación de la duración de la vida. Pero el cuerpo está también directamente inmerso en un campo político; las relaciones de poder operan sobre él una presa inmediata; lo cercan, lo marcan, lo doman, lo someten a suplicio, lo fuerzan a unos trabajos, lo obligan a unas ceremonias, exigen de él unos signos. Este cerco político del cuerpo va unido, de acuerdo con unas relaciones complejas y recíprocas, a la utilización económica del cuerpo; el cuerpo, en una buena parte, está imbuido de relaciones de poder y de dominación, como fuerza de producción; pero en cambio, su constitución como fuerza de

la fortaleza de las instituciones, la solidez del Estado” (Scherer García, J. y C. Monsiváis. *Los patriotas...* 12).

trabajo sólo es posible si se halla prendido (33) en un sistema de sujeción (en el que la necesidad es también un instrumento político cuidadosamente dispuesto, calculado y utilizado). El cuerpo sólo se convierte en fuerza útil cuando es a la vez cuerpo productivo y cuerpo sometido. Pero este sometimiento no se obtiene por los únicos instrumentos ya sean de la violencia, ya de la ideología; puede muy bien ser directo, físico, emplear la fuerza contra la fuerza, obrar sobre elementos materiales, y a pesar de todo esto no ser violento; puede ser calculado, organizado, técnicamente reflexivo, puede ser sutil, sin hacer uso ni de las armas ni del terror, y sin embargo permanecer dentro del orden físico. Es decir que puede existir un “saber” del cuerpo que no es exactamente la ciencia de su funcionamiento, y un dominio de sus fuerzas que es más que la capacidad de vencerlas: este saber y este dominio constituyen lo que podría llamarse la tecnología política del cuerpo. (Foucault, M., *op. cit.*, 26-27)

Por ende —de acuerdo con la tesis de Foucault— para la politóloga Soledad Loeza, Echeverría no pudo crearse por sí solo la imagen de ser un mandatario de izquierda:

Ése es un favor que le debe a un grupo de intelectuales y universitarios. La historia reciente está llena de mitos, de lugares comunes, de manipulaciones, y por eso es un terreno movedizo. Ésa fue la imagen que él se construyó con el apoyo de muchos universitarios de izquierda (...). El lema del grupo que lo apoyaba —expresado por Carlos Fuentes— fue: “Echeverría o el fascismo”. Resulta muy extraño que haya gente que afirme que el único responsable de lo ocurrido en 68 sea Díaz Ordaz. (Cuéllar, M., A. Urrutia, *et al.* “Guerra Fría en México”, 18)

A Echeverría no le resultó difícil seducir a los intelectuales deseosos de prebendas y, como parte de su tarea reconciliatoria, designó a escritores muy conocidos en relevantes cargos diplomáticos: Carlos Fuentes aceptó la embajada en Francia, Rosario Castellanos la de Israel y Víctor Flores Olea la de la Unión Soviética. La historia no tardó en darle la razón a Elena Garro, aunque muchos todavía no quieran aceptarlo:

Para Luis González de Alba, este momento [la presidencia de Echeverría] es uno de los más vergonzosos de la intelectualidad mexicana. “Aquellos aviones de acarreados que llevaba Echeverría a sus viajes por Sudamérica y demás, ¿qué hacían realmente? Entiendo que vayan unos industriales para promover el comercio. Pero, ¿para qué iban tantos novelistas, pintores, poetas?, ¿qué pitos tocaban?” Fernando Benítez y Carlos Fuentes amenazan: “Echeverría o el fascismo”. (Mendoza Mociño, A. “El 68: la fragilidad de la crítica”, 62)

Octavio Paz, como sus pares, también fue un “cuerpo dócil y productivo al servicio del Estado” y avaló el echeverrismo. Seis días después de la matanza de estudiantes en San Cosme, conocida como “El Halconazo” o “Jueves de *Corpus*”, ejecutada por francotiradores, granaderos y el grupo paramilitar “Los Halcones”, Paz publicó en *Excélsior*, el 16 de junio de 1971, una nota adulatoria que demuestra su servilismo a Echeverría:

Entonces vino el 10 de junio: un grupo de insensatos convocó a una manifestación de equivocados (...).

La respuesta de la realidad no se hizo esperar: un grupo de *gangsters* políticos, “Los Halcones”, agredieron a los manifestantes y mataron a varios muchachos. Ya podían estar satisfechos todos aquellos que padecen nostalgia de catástrofes. (...)

Había, sin embargo, una diferencia fundamental: la agresión de los grupos paramilitares no era única ni exclusivamente contra la extrema izquierda, sino contra la política de Echeverría. (...)

El Presidente ha devuelto su transparencia a las palabras. Velemos entre todos porque no se vuelvan a enturbiar. Echeverría merece nuestra confianza. Y con ella, cada vez que sea necesario, algo más precioso: nuestra crítica. (Paz, O. “El vocabulario político...”, 7)

Imposible que Paz fuera ingenuo y creyera que la agresión de los paramilitares iba en contra de la política de Echeverría, es decir, no podía ignorar que estos grupos de choque habían sido creados por el mismo Presidente para aniquilar a la disidencia. Además, Paz defiende el “clima de libre discusión” postulado por Echeverría, cuando el miedo y la coacción privaban en todos los rincones del país. Imposible que el poeta no

supiera que la manifestación estudiantil del 10 de junio había sido agredida con seis nuevos tanques antimotines y miles de granaderos, bajo la dirección del Primer Jefe.

Paco Ignacio Taibo II, testigo de estos sucesos, relata:

Una reacción corporativa de una fuerza enorme trascendió los boletines oficiales. Se habló de “Los Halcones”, se interpeló públicamente a funcionarios. No sólo la historia de que había sido un choque entre estudiantes no se podía creer; la presencia de un enorme cuerpo paramilitar organizado al que los granaderos habían permitido actuar impunemente quedaba establecido. “Los Halcones” cubrieron las páginas de diarios y noticiarios radiofónicos y televisivos.

Ante el debate público, el presidente Luis Echeverría construiría una versión que impulsó con un brutal alud mediático, un bombardeo en la prensa, la radio y la televisión, para fijar la tesis de que la matanza era resultado de una doble conspiración: contra el renaciente Movimiento estudiantil y contra su gobierno, desestabilizado por la derecha diazordacista dentro del propio aparato. No sólo eran víctimas los estudiantes reprimidos, también el Presidente incomprendido y demócrata era víctima de los “emisarios del pasado”. (Taibo II, P.I. “Las fotos: 10 de junio de 1971”, 20)

La clase pensante mexicana comandada por Octavio Paz y Carlos Fuentes cerraba los ojos y pretendía no darse cuenta de la doble moral del Presidente; Paz y Fuentes creían en la “apertura democrática” de Echeverría para gozar de los privilegios que les otorgaba el poder y, así, dirigir sin sobresaltos la vida cultural de la nación. Porque tampoco es posible creer que estos intelectuales de “izquierda” ignoraran las masacres, torturas y secuestros realizados por todas partes, como el caso emblemático del estado de Guerrero, en donde los activos de la DFS y del Ejército desarticulaban brutalmente el movimiento insurgente de Genaro Vázquez Rojas (asesinado el 2 de febrero de 1972) y el de Lucio Cabañas (cercado el 2 de octubre de 1974).

Si la Dirección Federal de Seguridad, el aparato represivo de la Secretaría de Gobernación, estuvo detrás de la jugada que llevó por otros derroteros la enemistad entre la periodista y la intelectualidad, la DFS cumplió con su objetivo: desactivar y

eliminar de la vida cultural y política mexicana no a este grupo de pensadores de “izquierda” siempre servil al erario, sino más bien a Elena Garro, porque después de su ataque público del 7 de octubre, no habrá lugar para la autora ni en el mundo de la cultura, ni en el del periodismo veraz que ponía al descubierto a los políticos criminales y a los escritores y artistas aduladores. El 6 de julio de 1973, Garro registró en uno de sus diarios que la verdadera traición al movimiento estudiantil la perpetraron sus líderes:

“El Músculo”, Roberto Méndez, y Lisa están ¡muy bien económicamente! “El Pato”, Patiño Manffer, riquísimo, y él, Federico [Hernández Zamora], tiene un despacho y un gran empleo en Salubridad. ¡Glorioso país! (...) Recordé a Raúl Sánchez, el líder estudiantil, imbécil, que me llegó a Taine 222, repentinamente vestido de seda azul, con aire de burócrata consumado, para comprarme algún mueble: “Vengo a hacer leña del árbol caído”, dijo. Pero no hizo leña. No volvió. Según me dijo Federico: “El terciopelo era muy elegante para él”. Juan de la Cabaña se quedó asqueado del joven líder, víctima del sistema. (Rosas Lopátegui, *P. Testimonios...* 313)

El hecho de que la escritora haya creído más en la política madracista que en los postulados del movimiento, no la convierte en una traidora. La única “docilidad” que presentó Garro fue seguirle el juego a Gutiérrez Barrios para poder sobrevivir.

Así, la oligarquía priista supo someter a los subversivos mediante el terror. La autora de *Los recuerdos del porvenir* no pactó con el poder como sus correligionarias intelectuales, que fueron “cuerpos útiles y productivos” que se alinearon con las estructuras políticas, sociales, económicas y culturales del Estado.

Incluso, a pesar del “pacto” fáustico que sostuvo con Gutiérrez Barrios, la activista no escapó de las fuerzas policiacas. Mientras los intelectuales “desenmascarados” por la escritora no sufrieron persecución, cárcel ni ostracismo, a Elena Garro, como icono de las voces críticas y lúcidas que incomodaban al sistema, el aparato represivo la asesinó no con una bomba, sino desactivando su quehacer intelectual y la convirtió en un fantasma itinerante, en el cuerpo suplicado por la

marginación y el descrédito; no la mancha de la tortura física, sino la mancha de la leyenda negra: “la complotista”, “la asesina”, “la traidora”.

Tercera huida. El Norte: Monterrey y el Pico del Fraile (1972)

Por fin, al inicio de 1970, Garro logró que le rentaran un departamento en la calle Taine 222, en la colonia Polanco. De ahí madre e hija escaparon el 29 de septiembre de 1972, nuevamente con dirección a Estados Unidos, ante la amenaza de ser asesinada. José Luis Castillo Sentíes,⁵ amigo de Helena Paz, y su socio Roberto Balderas, tenían una empresa de mudanzas. Gracias a sus contactos en la aduana pudieron cruzar la línea divisoria entre los dos países. El señor Balderas embaló las pertenencias de su casa, mismas que resguardó en sus bodegas por más de dos décadas.

La autora narró la huida en sus diarios:

Sábado, 28 de septiembre de 1974 (...)

Hoy también hace dos años en este día que era jueves estaba preparando mi huida de México. Raúl Urgillez [Urgellés] me había dicho que iban a matarme. Helenita estaba en cama con hemorragias tremendas. La casa de Taine, lujosamente amueblada con los muebles de París, estaba quieta. Nadie nos visitaba, excepto Federico Zamora, que venía todos los días a las tres de la tarde y se iba a las cinco de la mañana. Hacía unos días escapando a su vigilancia, había logrado enviar a mis gatos con Bioy a la Argentina. (...) Por la tarde Federico Zamora se dio cuenta de que había mandado a los gatos. (...)

Federico Zamora escondió su ira y estrechó la vigilancia. Aurora Liñero, mi amiga asturiana y su nieto José Antonio, que eran los únicos que nos visitaban, lo llamaban *El Cerebro* y a Roberto Méndez, su acompañante, *El Músculo*. Les tenían mucho miedo. Hoy hace dos años Federico se

⁵Sobrino de Octavio Sentíes Gómez, regente de la Ciudad de México (1971-1976). Después de la represión estudiantil del 10 de junio de 1971, el presidente Luis Echeverría Álavarez destituyó de su puesto a Alfonso Martínez Domínguez y nombró a Sentíes Gómez.

presentó a las seis de la tarde para que le preparara un programa para él y su grupo de jóvenes que quería presentar en Los Pinos, al día siguiente viernes. A nosotras venían a buscarnos el viernes a las seis de la mañana. Helenita empezó a enloquecer, cuando yo con toda sangre fría me puse a redactar el programa en la cocina. “¡Déjanos dormir! ¡Lárgate!”, le gritaba a las doce de la noche cuando yo seguía tecleando en la máquina que había colocado en la mesa de la cocina. Federico continuaba impávido: “A las seis de la tarde nos recibe Dios y luego vengo acá”, decía con voz meliflua, mientras me hacía repetir y repetir el escrito. Yo continuaba redactando sin alterarme. “Vete a la cama Helenita, que tienes una cara tremenda”. A las cuatro de la mañana el joven quedó satisfecho, me miró con malicia y se fue. Recogí entonces las fotos mías, de Helenita, de mi padre, hermanos, etcétera, y las puse en un maletín. Unos papeles de mi padre los guardé en una cajita suya, para dejarlos con Pancho, el portero y un recado: “Llevé a Helenita al hospital”. A las seis en punto llegó Moreno, el chofer; dio tres timbrazos: “¿La señora Elena?” “Sí”. Bajamos. Aurora Liñero estaba regando el prado de su casa. Recogí las maletas. Antes desperté a Pancho: “Por favor, le entrega esta cajita a mi hermano. Llevo a la niña al hospital”, le dije. Me miró asustado. Le di cien pesos y salimos volando. Era el 29 de septiembre, día de San Miguel y Solsticio, si lograba salir del país ese día estaba salvada. Corrimos todo el día a 150 kilómetros por hora. Helenita iba lívida. Aurora Liñero había sacado del banco veinte mil dólares, que nos habíamos metido en el estómago, yo había comprado dos fajas: una para Helenita y otra para mí. En el calor del desierto sentí que los billetes se desbarataban con el sudor. Debíamos cruzar el puesto policial a las once y media de la noche, pues el amigo contaba con unos soldados que nos dejarían pasar a esa hora. Al llegar a Monterrey, Moreno se perdió. Ya era de noche y daba vueltas y vueltas alrededor del Pico del Fraile, enorme y negro, en donde se había matado Carlos [Madrado] y su mujer, como si hubiera allí un hechizo. Moreno sudaba y Helenita me decía en francés: “Aquí es adonde nos van a matar; anda buscando a la gavilla”. Una hora después encontró la salida. Yo mientras pensaba que Federico estaba en Los Pinos y no tardaría en llegar a mi casa y darse cuenta de que había volado. Adelante del Pico del Fraile se pinchó una llanta. Nos quedamos en una cuneta oscura, llena de maleza que daba a un camino vecinal muy oscuro. Creí que Helenita se iba a morir de miedo. Los grillos cantaban y casi no había coches. Me bajé del auto para ayudarle a Moreno a cambiar la llanta. Fue difícil y largo. Vi que él también llevaba

miedo y entonces comprendí por qué: en un cajón de libros que iba en el asiento delantero estaban *Los recuerdos del porvenir* con mi foto. ¡Y mi amigo me había rogado que no le dijera mi nombre! Subimos al coche y para disipar el horror de Moreno y de Helenita mientras cruzábamos el desierto oscuro y amenazador, me puse a cantar canciones mexicanas: “Cante más señora, por favor”, me pidió Moreno. A las once y media llegamos al puesto militar. En ese momento hubo un tiroteo y un coche dio media vuelta y salió huyendo. Se acercó un oficial, echó una luz al interior del auto: “¿La señorita Helenita?”, preguntó. “Soy yo”, contestó la hija. “Sigán. Sigán rápido”. Seguimos y a las doce de la noche cruzamos el puente. Del otro lado los aduaneros texanos altos y rubios me parecieron ángeles. Terminó el horror. (Rosas Lopátegui, P. *Testimonios...* 356-358)

En el imaginario mexicano, “cruzar el puente” hacia Estados Unidos ha simbolizado atravesar una línea divisoria que representa un espacio para una vida con mejores oportunidades de trabajo y de vida. Éste no era precisamente el caso de la escritora. Para Garro “cruzar el puente”, o la diáspora hacia el Norte, representaba escapar de la represión policiaca, de los agentes de la DFS que la acosaban, intimidaban y amenazaban de muerte con su sola presencia.

El chofer de la empresa Balderas las llevó hasta Houston y madre e hija continuaron su travesía hacia Nueva York; en esta ciudad adoptaron a Lola y Petrouchka: “En Central Park encontramos un gatito llorando; Helena lo agarró y le pusimos Petrouchka, que es Pedrito en ruso. También rescatamos a una gatita, Lola, porque en la Sociedad Protectora de Animales los tienen unos días y los pasan a la cámara de gases. Lola y Petrouchka vivieron con nosotras dieciséis años”. (Ramírez, L.E. *La ingobernable...* 90) Ahí vivieron de finales de 1972 a mayo de 1974. La escritora solicitó asilo político pero se lo negaron bajo la consigna de que en México no había persecución policiaca. Entonces se trasladaron a Madrid en donde padecieron los años más desgarradores del exilio: “Nos expulsaron de Estados Unidos y nos fuimos

con Lola y Petrouchka a España, un país que yo conocía bien y donde tenía parientes y amigos. Llegamos a Madrid con 30 dólares en la bolsa”. (*Ibid.*, 90)

A finales de 1978 y principios de 1979, gracias a Enrique Tierno Galván, destacada figura intelectual y política, la periodista finalmente comenzó a publicar segmentos de sus *Memorias en Informaciones, Litoral y Nueva Estafeta*. (Véanse en Rosas Lopátegui, P. *El asesinato...*) Garro y su hija radicaron en la capital ibérica del 30 de mayo de 1974 a junio de 1981. (Rosas Lopátegui, P. *Testimonios...* capítulo 6)

También en México Joaquín Mortiz rompió “el muro del silencio” y dio a conocer la colección de relatos *Andamos huyendo Lola* (1980), y ese mismo año Garro obtuvo el Premio Grijalbo de Novela por *Testimonios sobre Mariana* (1981). Con el dinero del galardón se mudaron a París, en junio de 1981, y las cosas mejoraron hasta cierto punto.

El regreso: Monterrey y el exilio en su propia tierra

En septiembre de 1991 se empezó a anunciar el retorno de la dramaturga a su país de origen. En el marco de la XII Muestra Internacional de Teatro celebrada en Aguascalientes y dedicada a su obra teatral, regresó como invitada distinguida. También la homenajearon en Guadalajara, Puebla, Tabasco, en la Ciudad de México y sobre todo en Monterrey.

En la capital industrial la noche del 12 de noviembre de 1991, Elena Garro recibió un homenaje por parte del gobierno del estado de Nuevo León en la Gran Sala del Teatro de la Ciudad, en donde se colocó una placa en reconocimiento a su obra. La novelista comentó emocionada hasta las lágrimas: “Estoy conmovida, le agradezco a Monterrey antes y ahora porque ha sido parejo en las horas malas y en las horas buenas. Gracias a todos”. (Medellín, M.L. “Homenaje...”, portada)

De esta memorable y última estancia en Monterrey, la autora le comentó a Vilma Fuentes en una entrevista:

“Luego nos fuimos a otra dimensión. Volamos a Monterrey. Ahí llegas al extranjero. Me hicieron fiestas. Fue donde más me homenajearon”.

—*¿Por qué dices que en Monterrey llegas al extranjero? ¿La norteamericanización es tan fuerte?*

—No, no se trata de eso. No son ni norteamericanos ni mexicanos. Son como romanos. Parecen, al menos a mí me lo parecieron, patricios y patricias romanos. Poderosos, elegantísimos, personas que no se ven en el resto del mundo. Es un estilo muy distinto al del Distrito Federal o al de la provincia. Ahí me dieron una placa, mírala, ahí está.

Elena señala una placa dorada que está puesta sobre la chimenea, contra el espejo. Se levanta por ella, contenta, para mostrármela de cerca.

—Pusieron la placa original en el teatro. Es gente muy espléndida, magnánima. (...) Sus mujeres están cargadas de poder, son mujeres que ya no se ven. Es la única parte en donde he visto que las mujeres tienen el poder por sí mismas, sin necesidad de manipulaciones. Son mujeres muy bellas, elegantísimas. Las casas son sumamente lujosas, pero con un lujo diferente al de la Ciudad de México, casas realmente fastuosas, los muros llenos de cuadros: de Cuevas, de Sorianos. Son como protectoras de las artes, semejantes a los mecenas de otros tiempos. Te repito, fue donde más me festejaron: comidas, cenas, conferencias en la Capilla Alfonsina. Me hospedaron en un gran hotel, muy elegante. En Monterrey encontré a otro antiguo amigo, Dante Decanini, un doctor, senador ahora. No había envejecido, bueno, un poquito marcado, pero no desfigurado como otras personas que se desfiguran con los años. Ése era uno de mis miedos: encontrar muy cambiada a la gente, no reconocer a los amigos. No reconocerme en ellos: no ser reconocida. (Fuentes, V. “De regreso a París...”, 47)

Sabemos que a Elena Garro la reconocieron sus viejos amigos regiomontanos y también los jóvenes, pero estos últimos a través de algo más trascendente: mediante su legado literario y dramático, pues con su entusiasmo demostraron que la autora no se había ido ni de Monterrey ni de México.

Esta vez no tuvo que cruzar la frontera huyendo de la policía secreta mexicana. Con esta visita cerró el ciclo de la diáspora hacia el Norte, aunque no el destierro. Vivió los últimos cinco años de su atribulada existencia en Cuernavaca, en las mismas condiciones. Su cuerpo sometido al suplicio —en términos de Foucault— siguió padeciendo el hambre, la soledad, el ostracismo y la leyenda negra.

No cabe la menor duda de que la autora de *Los recuerdos del porvenir* merece ser reivindicada, ya que fue uno de los chivos expiatorios en los tejemanejes de aquellos que detentaron el poder, tanto en lo político como en lo cultural, para erradicar su alianza con las organizaciones sociales y las reformas de Carlos A. Madrazo. Sus artículos, entrevistas y reportajes comprueban su compromiso con los desheredados, la justicia y la democracia, a pesar de sus declaraciones temerarias. No obstante sus contradicciones, nunca se desligó de su responsabilidad moral, nunca se entregó al poder, la prueba estriba en que la miseria y el repudio la acompañaron después del 2 de octubre de 1968 durante los treinta años que subsistió como una sombra errante.

Esperemos que a 50 años de la masacre en Tlatelolco por fin se deconstruyan los mitos creados desde el poder y la figura de Elena Garro ocupe el lugar que se merece no sólo como una de las escritoras más importantes de la literatura universal, sino también como una activista en pro de la justicia social, la diversidad y la tolerancia.

© **Patricia Rosas Lopátegui**

Obras citadas

- Foucault, Michel. *Vigilar y castigar: Nacimiento de la prisión*. Trad. Aurelio Garzón del Camino. Buenos Aires: Siglo veintiuno Argentina, 1976.
- Fuentes, Vilma. “De regreso a París, Elena Garro hace un balance de su viaje. ‘Del nuevo México que vi no voy a poder escribir nada porque me dejó hecha polvo’”, en *Proceso*. México: 13 de enero de 1992, pp. 46-49.
- Garro, Elena. *Un hogar sólido y otras piezas en un acto*. Xalapa: Universidad Veracruzana, 1958.
- . *Los recuerdos del porvenir*. México: Joaquín Mortiz, 1963.
- . *La semana de colores*. Xalapa: Universidad Veracruzana, 1964.
- . *Felipe Ángeles*, en revista *Cóatl*. Guadalajara, 1967.
- . *Andamos huyendo Lola*. México: Joaquín Mortiz, 1980.
- . *Testimonios sobre Mariana*. México: Grijalbo, 1981.
- . “Carta. Madrid, 29 de marzo de 1980”, en Carballo, Emmanuel. *Protagonistas de la literatura mexicana*. México: Ediciones del Ermitaño/SEP, Lecturas Mexicanas 48, 1986, pp. 493-505.
- . “Memorandum”. Elena Garro Papers (C0827); Manuscripts Division, Department of Rare Books and Special Collections, Princeton University Library.
- Iturbe González, Ricardo. “La conjura, al descubierto”. *El Universal*. México, 6 de octubre de 1968, primera plana, p. 12.
- Medellín, María Luisa. “Homenaje la emociona hasta las lágrimas. Elena Garro agradece a Monterrey por acompañarla en las buenas y en las malas”. *El Norte*. Monterrey, 14 de noviembre de 1991, portada.
- Mendoza Mociño, Arturo. “El 68: la fragilidad de la crítica”, *Milenio*. México, 28 de septiembre de 1998, pp. 58-62.
- Moraflores, Alfredo y Raúl Calvillo. “Prueba de complot”. *La Prensa*. México, 6 de octubre de 1968, portada, pp. 3, 46.
- Paz, Octavio. “El vocabulario político. Las palabras-máscaras”, *Excélsior*. México, 16 de junio de 1971, p. 7.

- Ramírez, Luis Enrique. *La ingobernable. Encuentros y desencuentros con Elena Garro*. México: Raya en el agua, 2000.
- Ravelo, Carlos y Jesús M. Lozano. “Niegan cargos los cinco señalados”. *Excélsior*. México, 7 de octubre de 1968, portada, pp. 14-A, 18-A.
- Rivero, Óscar del. “Refutan cargos los acusados. Culpa Elena Garro a 500 intelectuales”. *El Universal*. México, 7 de octubre de 1968, primera plana, p. 10.
- Rosas Lopátegüi, Patricia. *Testimonios sobre Elena Garro. Biografía exclusiva y autorizada de Elena Garro*. Monterrey: Ediciones Castillo, 2002.
- . *El asesinato de Elena Garro. Periodismo a través de una perspectiva biográfica*, 2a. ed. aumentada. Monterrey: Universidad Autónoma de Nuevo León, 2014.
- Scherer García, Julio y Carlos Monsiváis. *Los patriotas. De Tlatelolco a la guerra sucia*. México: Nuevo Siglo/Aguilar, 2004.
- Taibo II, Paco Ignacio. “Las fotos: 10 de junio de 1971/II y última”. *La Jornada*. México, 30 de julio de 2004, pp. 20-22.